Newton Compton Editores

Título original: *The Counterfeiter of Auschwitz*

© 2025, Paul Schiernecker
© 2025, de la traducción por Raúl Rubiales Muñoz de León
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-75-1
Código IBIC: FA
DL: B 3.875-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Sergi Godia

Impreso en junio de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Paul Schiernecker

El falsificador de Auschwitz

Traducción de Raúl Rubiales



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para Emily, hace una eternidad

Capítulo 1

Las flores no crecen en los campos de concentración.

Sé que es una frase obvia, pero concédele a este anciano sus cavilaciones sentimentales. Verás, todo lo que hago, todo lo que he hecho, ha sido siempre por mi perfecta flor, mi *ketzele*, mi Rose.

Lo que debes comprender sobre falsificar, es que es imposible hacer una copia de cualquier cosa idéntica al cien por cien. Un billete falso puede acercarse bastante al original, muchísimo, de hecho. Incluso puede que supere el escrutinio de varios pares de ojos antes de que lo identifiquen, pero al final la verdad siempre sale a la luz.

Ocurre lo mismo cuando se trata de la historia sobre cómo conocí a mi mujer; jamás habrá una réplica exacta del amor que hemos compartido. Simplemente es mi historia y poco se puede hacer por intentar reproducirla. En nuestros corazones, donde realmente importa, sabemos siempre lo que tenemos que darle al mundo. Sea fabricar dinero falso o estar sentado aquí contándote mi historia, siempre hay algún relato. Ahora no puedo contenerme, como no pude por aquel entonces... pues yo soy el falsificador de Auschwitz.

Pero estoy seguro de que te estarás preguntando por el dinero, ¿no es cierto? Eso es lo que te ha picado la curiosidad.

Bueno, déjame decirte que podía reconocer todos y cada uno de los billetes que fabricaba mi equipo, mi Kommando. Si esos billetes seguían en circulación en alguna parte o si de

algún modo hubiese salido a la luz el destino que les había tocado en suerte, yo lo sabría. Pues en nuestros corazones, donde de verdad importa, siempre guardamos un rincón para lo que hemos creado.

La última vez que nuestro Kommando vio esos billetes falsos fue en aquellos pocos aunque bastante largos años, en el quinto campo de concentración que tuve la mala fortuna de ver. Jamás me imaginé que me encontraría retenido en un campo de concentración nazi, pero así son las cosas. Un hombre más listo que yo me dijo una vez: «La vida es lo que nos ocurre mientras estamos atareados haciendo otros planes». El campo era el KZ Schlier, y estaba anclado en las estribaciones idílicas de las montañas austríacas. *Springtime for Hitler* y todo eso.

En ese fatídico día, retiraron una cortina de camuflaje que cubría un pasaje secreto en la montaña, igual que hacen para desvelar los premios en los concursos televisivos, y seguimos a nuestro líder como si fuéramos un cortejo fúnebre. Por delante de nosotros se extendía un vacuo agujero negro abierto en la montaña mediante dinamita; otro elemento precioso destruido por los nazis.

De repente, se me trabó el pie y tropecé. La caja que estaba ayudando a transportar salió catapultada hacia delante y se estrelló contra el suelo. Si me hubiese caído encima habría significado el fin de mis días. La caja se abrió por las junturas, los clavos de la tapa se cayeron como si fueran bolos y miles de billetes de libras esterlinas se dispersaron por todas partes como si fueran confeti.

–Disculpe –lo interrumpió Rebekah, devolviendo de golpe a Georg Gottlieb al Londres del siglo XXI–. Sé que le he pedido que me contara la historia del dinero nazi, pero me gustaría que me relatara los hechos que ocurrieron antes, para dar algo más de contexto al lector.

Georg abandonó su postura expectante para acomodarse en su butaca favorita, cuyo material estaba tan raído que el contorno del anciano quedaba recortado en la tela verde como si lo hubiesen dibujado con tiza en la escena de un crimen. Estaba fumando, cosa que, a juzgar por el hecho de que las ventanas solo eran oscilantes, seguramente era un acto prohibido en la residencia de ancianos Golders Green en la que estaban.

–Lo que tiene que comprender, señorita Braham... –dijo Georg.

–Rebekah.

–Mi querida Rebekah –se corrigió él–, es que he esperado toda una eternidad para poder contar esta historia. Durante lo que me han parecido varias vidas no estaba bien visto hablar de ello y me preocupaba que nadie quisiera escucharla. Las cosas han cambiado y espero que ese nacionalismo repleto de odio se haya acabado de una vez por todas.

Rebekah arqueó una ceja. Anhelaba lo mismo, pero su cuenta de Twitter sugería lo contrario.

–Durante todo este tiempo –continuó Georg–, he meditado estas palabras incontables veces. Puede que ahora habite un cuerpo viejo, pero sigo teniendo la mente lúcida. De todas mis historias, esta es la más importante; una aventura de lo más singular. Aun así, lo digo a sabiendas de que jamás le podré hacer justicia.

Se llevó dos dedos de puntas amarillentas a la frente, señalando su cabeza.

–¿Cuál es su secreto? –preguntó Rebekah, con una sonrisa demasiado coqueta teniendo en cuenta el tema.

Estaba a un paso de recolocarse el oscuro cabello rizado detrás de una oreja.

–Los sudokus y el amor de una mujer.

–Qué tierno.

–Disculpa, debería haberte ofrecido algo de beber. Rose puede preparar un poco de té.

En la pequeña cocina adyacente, la radio colocada sobre un lavavajillas que traqueteaba, reproducía una pieza de *jazz*. Ambos siguiendo el compás de 4/4.

Rebekah observó el resto de la estancia. Al menos en la habitación 201 parecía que vivía alguien. Había personalidad entre las paredes blanquecinas y los visillos amarillentos. Había colgadas varias fotografías de hombres ataviados con trajes que lucían unas amplias sonrisas y el pelo engominado. Se saludaban encajando las manos exageradamente, en las que brillaban anillos de sello y dedos manchados de nicotina. Rebekah no pudo evitar pensar en las mujeres de esa época. ¿Qué estaban haciendo mientras esos hombres bebían brandi y fumaban puros? La respuesta se le apareció en el centro de la galería, donde Rose se mostraba radiante con un vestido de topos. Con el nítido contraste del blanco y negro, sus ojos oscuros sonreían por encima de unos hoyuelos tan perfectos que parecían dibujados.

En un aparador cercano había varios recuerdos que indicaban unas vidas felices y llenas de viajes. Una máscara ghanesa al lado de una caja de puros habanos y cerca de una menorá combada por el peso de años de cera de colores. La única foto a color enmarcada se situaba entre esos recuerdos, en ella aparecía un anciano Georg y una mujer más joven que lo ayudaba a tenerse en pie. Unos montones de libros distribuidos por todos lados le daban a la estancia un toque de personalidad no demasiado sutil. A Rebekah le llamaron la atención un ejemplar de *Lonely Planet: Buenos Aires*, *La danza de la muerte*, de Stephen King, y una biografía de Sammy Davis Jr., entre otros libros de aspecto más denso que llenaban el estante.

–No quiero importunar a nadie –dijo Rebekah–. Ya ha sido muy amable al ofrecerme su tiempo.

Georg se reacomodó y retomó sus pensamientos:

–Siempre me están diciendo que no puedo fumar aquí arriba –le explicó–. Quieren que baje al patio. ¿Qué más da si el humo igualmente sube hacia el aire?

Se quedó callado y analizó las Converse sucias de la muchacha, los tejanos ajustados y el enorme chaquetón. Era una de esas *millennials* de las que siempre hablaban en Radio 4.

–¿Braham? –añadió él, mientras su cerebro y su boca volvían a funcionar a la vez–. ¿Cuándo vino tu familia?

La pregunta incomodó a Rebekah, por más que el anciano la edulcorara con su ligero acento centroeuropeo. Aquel nonagenario –una palabra que había aprendido para el artículo y que estaba empecinada en usar– no perdía comba. Lo miró detenidamente y comprobó, observando sus orejas y nariz, que algunas partes del cuerpo no dejaban de crecer nunca; compartía algunos rasgos con Yoda.

Vestido con pantalón y americana de traje, aunque lo bastante abierta como para dejar entrever un chaleco y un pecho huesudo debajo, parecía estar listo para salir a pasear. Su aspecto la retrotraía a una época en la que los hombres sabían cómo vestir. Un par de tirantes sostenían todo el conjunto, completando el atuendo.

–Braham –repitió–. Supongo que es diminutivo de Abraham. No hay nombre más hebreo que ese. Me pregunto cuándo vinieron.

–No... No lo sé, señor. Mis abuelos nacieron aquí.

–Entonces no eres una *goy* –constató Gottlieb.

Siempre que había pasado tiempo con sus abuelos, estos habían intentado enseñarle algunos términos en yidis y aquella expresión la había acompañado desde el día de su nacimiento. La reciente avalancha de entrevistas que había llevado a cabo con los supervivientes había hecho aflorar inconscientemente lo aprendido en esas lecciones.

–No. No lo soy, señor Gottlieb.

–Por favor, no me llames así. El señor Gottlieb era mi padre.

Una sonrisa se abrió paso por sus labios, pero enseguida demudó el gesto, como si se hubiese acordado de pronto de que su padre estaba muerto.

–Gracias, Georg. Me he pasado meses investigando lo que ocurrió en Sachsenhausen. Como el último superviviente de la operación Bernhard, puede que sepas algo más y me preguntaba si estarías dispuesto a rellenar los vacíos de información.

Con lo que Rebekah definiría como una «demostración de fuerza», Georg se arremangó, revelando una serie de dígitos azules torcidos en la parte superior de su arrugado antebrazo.

–¿Ha sido Dubois quien te dijo que hablaras conmigo? –preguntó él.

–¿Dubois?

–Léon Dubois.

–Georg, Léon Dubois falleció.

–Esas circunstancias no van a detener a un caballero francés. Mantengo una estrecha relación con su hija, Verity. Es lo más cercano que tengo a una heredera. Rose y yo jamás pudimos tener hijos propios. En el aparador hay una fotografía en la que salgo con ella. Estos días me está amenazando con organizar una fiesta de cumpleaños. –Georg miró por la ventana con añoranza, sopesando si fumarse otro cigarrillo–. Cien años... No es moco de pavo, como solía decir mi madre.

–Increíble –dijo Rebekah.

Se dio cuenta de que estaban regresando a la historia de una manera u otra. La fotografía la ayudó a ponerle cara a la voz, puesto que recientemente había mantenido con Verity largas charlas sobre la unidad de falsificaciones. Había sido ella quien la había alentado a entrevistar a Georg, una vez que la había examinado y considerado apta para la tarea.

–¿Te importa si tomo algunas fotografías con mi teléfono? –preguntó ella–. Me ayudarán como punto de referencia cuando esté redactando.

El anciano se encogió de hombros, que en la fe hebrea podía tener multitud de significados.

–Adelante. Es impresionante lo que puedes hacer con un teléfono hoy en día. Yo tengo eso...

Señaló hacia una mesita donde había un teléfono fijo de botones enormes enchufado a la pared; su conexión con el resto del mundo.

–Verity me ha dicho que te llama casi cada día –terció la joven periodista–. Debe de estar contento.

–Sí, siempre y cuando no se le meta algo entre ceja y ceja. Ya se lo dije: ¡no iré a ninguna maldita fiesta de cumpleaños!

Rebekah se preguntó si podía cambiar la historia y versarla sobre los inminentes cien años que iba a cumplir el superviviente.

–Parece que se preocupa por ti –dijo ella, intentando hallar el equilibrio que todos los periodistas se esmeran por conseguir–. ¿Puedes contármelo todo desde el principio? Si no te incomoda compartirlo conmigo, claro.

–No me incomoda en absoluto. ¿Qué quieres saber?

–Según mis investigaciones, eran unas ciento cuarenta personas imprimiendo dinero para los nazis.

–Cuidado con cómo escribes eso –le advirtió Georg–, sobre todo cuando me menciones en tu periódico.

–Ah, no es un periódico. Es una revista. *Ident Magazine*.

Georg negó con la cabeza.

–No la conozco.

–Es como *Vice* –le dijo Rebekah, empleando la misma explicación que le había dado a sus padres apenas se habían sobrepuesto a la emoción inicial.

También era la misma coletilla a la que recurría cuando quedaba con un chico.

Georg se encogió de hombros. No era el público objetivo de ninguna de las dos publicaciones.

–Yo leo novelas. Sobre todo ficción, aunque mis ojos ya no son lo que eran. De ahí el tamaño de ese teléfono. Escucho la radio, pero evito a los políticos. Hubo un tiempo en el que era capaz de discernir la verdad y los detalles de todo. ¿Sabías que hay ciento sesenta elementos distintivos en un billete británico?

–No lo sabía –contestó Rebekah, mientras rebuscaba afanosamente en su bolso–. ¿te importa que use mi grabadora? Me será más cómodo así.

A pesar de que su teléfono era capaz de registrar audio, el zumbido de la cinta la entusiasmaba. El hecho de poder apoyarlo delante de sí para grabar una entrevista sin tener que trastear con él para comprobar su Instagram también jugaba a su favor.

–No, claro que no. Supongo que andas buscando lo mismo que todos los demás.

–¿El qué? –preguntó Rebekah, que había encontrado la grabadora entre los tiques, notas y envoltorios de chicle que abarrotaban su bolso.

–El dinero. Uno de los mayores misterios de nuestra época. Trescientos millones de libras desaparecidos. ¡Desvanecidos! Convertidos en humo, o no, quién sabe.

–Trescientos –musitó Rebekah, con la creciente sensación de haber dado con la gallina de los huevos de oro–. Todos los informes que he leído aseguraban que la cantidad rondaba los cien.

Colocó el aparato sobre el cristal de la mesita de ratán. Aparte del paquete abierto de cigarrillos y el mechero, artículos de contrabando en un lugar como aquel, la mesa estaba despejada. Un voluminoso cenicero de cristal descansaba en el reposabrazos de la butaca raída de Georg.

–Siempre le restan importancia a nuestros logros. Nadie visita las pirámides para apreciar la mano de obra que las construyó, así que tienen la desfachatez de decir que las levantaron los alienígenas. ¿Serías tan amable de pasarme ese libro?

Señaló hacia una pila sobre el aparador, entre una miniatura de la torre Eiffel y un tarro lleno de algo etiquetado como ARENA DEL SÁHARA. El tomo de encima del todo era un pequeño libro de oraciones, con letras doradas descoloridas en la cubierta en una mezcla de inglés y hebreo.

–Sabes leer hebreo, ¿verdad? –preguntó Georg.

–Lo tengo un poco oxidado.

–¡Como todos! Lo bueno es que puedes abrirlo por cualquier página, leer en diagonal y Dios se encargará del resto.

Rebekah lo abrió por la última página, que naturalmente era la primera. En el interior, el nombre Rose Gottlieb estaba escrito con una tinta negra desvaída. Leer aquellas líneas le pareció una intrusión, así que cerró el libro y no osó aventurarse más. Rebekah no tuvo las agallas de decirle a Georg que ni siquiera había celebrado la bat mitzvá. El día que su primo pequeño pasó a ser un hombre y Rebekah se percató de la cantidad de billetes que le habían prendido al cuello de la camisa comprendió que había dejado escapar una oportunidad única.

–¿A Rose no le importará?

–Para nada. Dicen que todas las respuestas que puedas necesitar están escritas en este libro.

–¿Aunque lea una frase cualquiera?

–Sobre todo si lees una frase cualquiera, la primera que veas. Si de verdad quieres oír mi historia, te la contaré con pelos y señales. Vamos a reconocerle a todo el mundo el mérito que merece. Espero que tengas suficiente cinta en esa pequeña grabadora.

–Siempre llevo de repuesto.

–Muy bien. Vayamos por orden –dijo Georg, entonces gritó

hacia la zona de la cocina–: Rose, mi *ketzele*, ¿puedes subir el volumen, por favor? –El *jazz* resonó un poco más fuerte en la habitación–. No quiero que nos escuche –añadió.

Rebekah se reclinó en la silla con ambos brazos a los costados y los dedos entrelazados sobre el regazo.

–Siempre he sido un auténtico judío –empezó a narrar Georg–. Hubo una época en la que se podía decir algo así con orgullo. Los niños en la escuela acercaban sus pupitres al mío para cotillear mis apuntes. Echaba humo con los problemas de matemáticas como si fuera una locomotora. Dados mis limitados conocimientos, a menudo erraba en las respuestas, pero a una velocidad impresionante. Todavía tenía que pasar mucho tiempo para que los números y las palabras me llegasen a servir para salvar vidas. De momento, tendrás que conformarte con la parte al estilo David Copperfield.

Capítulo 2

Nací y crecí en Praga, en Checoslovaquia. Yo la llamo la ciudad del amor, la ciudad que no duerme nunca y la ciudad de los ángeles. Ya pueden reclamar esos títulos todo lo que quieran París, Nueva York y Los Ángeles, que yo sé cuál es la verdad.

La tarde del 19 de diciembre de 1916 fue el primer día de Jánuca. Esas fechas oscilan basándose en la alineación de la luna con el rabino. Dicen que donde cae la sombra de su barba dictamina la fecha, como un reloj de sol judío. Estoy bromeando. Puedes reírte, incluso con un superviviente.

Desde un principio tuve claro que no me iba a perder esa fiesta.

Me llamaron Georg Jakob Gottlieb. Georg en honor a mi abuelo y Jakob en honor a mi padre. El apellido, Gottlieb, era el que todos los miembros de mi familia tenían en esa época, así que yo también me sumé a la moda.

El séptimo día, que coincidió con el Rosh Jodesh Tevet, me practicaron la brit milá. Bien, no te imaginas lo difícil que es encontrar a un *mohel* durante Jánuca. Vaya… Te acabo de soltar un montón de palabras en yidis seguidas. Sé que tu generación solo conoce Yom Kipur, ahora mismo te lo explico.

El Rosh Jodesh Tevet es el inicio del nuevo mes. La brit milá es la «ceremonia» que se practica a todos los niños judíos recién nacidos. Un *mohel* es quien lleva a cabo la circuncisión. Es muy importante que se haga antes de que el bebé sea consciente de lo encariñado que está con su *schmekel*.

Perdona, ¿me estoy pasando?

Schmekel hace referencia al aparato reproductor masculino. En el aprendizaje para ser *mohel* intervienen un bisturí y una hilera de salchichas de Viena. Nada, otro chistecito.

Como era Jánuca, nos atendió el *mohel* más joven, un aprendiz llamado Chaim. El muchacho estaba tan nervioso que incluso los parientes que estaban al fondo de la habitación podían ver cómo temblaba delante de mí y de mi comprensiblemente pálido padre. Jakob Gottlieb tuvo el honor de separarme las piernas. Yo debía de tener el aspecto de una carcasa de pollo lista para el caldo de sopa, acompañada de un par de bolas de *matzah*.

Debido a la torpeza de Chaim tengo una cicatriz torcida que recorre el contorno de mi *schwanz*. No se puede remediar algo así, se queda contigo de por vida. Este punto lo veremos más adelante. No literalmente. Quiero decir que volveremos a hablar de ello.

Hoy en día no puedo brindar sin pensar en ese torpe judío y su cuchillo curvado. *L'chaim!* ¡Salud!

Jakob Gottlieb era un hombre amable. Te darás cuenta de que muchas de las descripciones de mi historia estarán en pasado. A menos que te distrajeras en la escuela más que yo, sabrás que los judíos pasaron por muy malos momentos, así que no te encariñes con ninguno de los personajes. No creo que esto sea lo que los de tu generación llaman un *spoiler*.

Afortunadamente, no guardo ningún recuerdo de mi padre separándome las piernas para que Chaim hiciera de mí una fuente inagotable de cuchicheos en las duchas de los vestuarios. En cualquier caso, a nadie le sorprende que los judíos hablen sobre estos temas.

Los recuerdos que tengo de mi padre son de una felicidad sencilla. Hacer volar una cometa en el parque de Letná o lanzarme miradas traviesas desde la otra punta de la mesa antes

de apretar la comida masticada para que le saliera por entre los agujeros de los dientes y hacerme reír. Papá, o *tato*, como decimos en checo, se divertía haciendo bobadas. Es la manera más acertada y menos dañina de describirlo: bobo y bromista, la combinación perfecta para un hijo único.

Una vez le pregunté a mi padre por qué tenía la nariz tan grande. Fue mucho después, demasiado tarde, de hecho, cuando descubrí que era hereditario. Esas son las cosas que permanecen cuando todo lo demás desaparece: las mejores anécdotas para describir a una persona.

Aunque no fuera por decisión propia, mis padres jamás me bendijeron con un hermano o una hermana con quien jugar. Tuve que conformarme con él y mi imaginación..., y cuando falleció, solo con mi imaginación.

Era un día frío de 1925 cuando mi padre cayó fulminado. Un ataque al corazón en alguna edad comprendida entre los treinta y los cuarenta, cuando los números dejan de tener importancia. Fue algo extraño para mi cerebro de niño. ¿Cómo podía ser que alguien estuviera presente para el desayuno y no volviera para comer el *gulash*?

Como ya sabes, enterramos a nuestros seres queridos lo antes posible una vez que nos dejan. Nos gusta darles sepelio cuando todavía están frescos. No lo entendía entonces y no estoy seguro de comprenderlo ahora. Por más macabra que pueda parecer la manera como tratamos a nuestros muertos, no era nada comparado con lo que estaba por venir.

El recuerdo más vívido que tengo de ese día es estar de pie al lado de la fosa cavada en el antiguo cementerio judío de Josefov, uno de los barrios de Praga, con las mangas arremangadas y la expresión desencajada. Ni siquiera un poco de pelusilla adornaba mis mejillas a los ocho años. El cielo era de un dramático tono gris, que no parecía real y recordaba más bien al telón de fondo de un escenario. Los elementos esta-

ban dispuestos a la perfección para un recuerdo tan trascendental. Recortados contra ese horizonte se alzaban un seguido de ojos tristes, todos vestidos de negro.

A los judíos nos gusta el drama, así que los hombres de la familia son los encargados de enterrar el cuerpo. Se considera un rito de pasaje. Fui el segundo al que le dieron la pala, que pesaba más por el barro que se había quedado adherido a ella después de que mi tío la hubiese usado para empezar a cavar. Fue una tarea ardua para mi cuerpo escuálido. Tras mirar a mi alrededor, solo vi caras expectantes.

Mi madre, también con el semblante descompuesto, llevaba un chal colocado con sumo cuidado alrededor de la cabeza. El rabino, con su larga barba, nos observaba. También atisbé a Leib Zymermann, un chico al que conocía de la escuela. Mucho tiempo después supe que su madre lo había arrastrado allí para ofrecernos consuelo. Perder a un padre puede tener un efecto perjudicial duradero en un niño, algo que solo puede superar, por ejemplo, un genocidio.

Crucé la mirada con Leib por encima de la tumba de mi padre y él levantó los pulgares sin demasiado entusiasmo. Ese gesto tan anodino, que los demás presentes pasaron por alto, me trajo un rayo de luz que atravesó las oscuras nubes que cubrían el cielo y nos iluminó a ambos durante un breve instante. Un calor me recorrió la piel, acompañado de una determinación renovada. Ambas cosas me hicieron saber que, al final, todo iría bien. Apreté los labios, formando una recta línea de desquite cuando me puse manos a la obra, y transporté el barro grumoso con la pala hacia el agujero en la tierra en el que reposaba mi padre.

Dándole la vuelta torpemente a la herramienta, los terruños aterrizaron sobre la caja de pino. Espero que te falte mucho tiempo para que tengas que enterrar a alguien a quien quieras. Los ataúdes judíos son un símbolo de la fragilidad de la vida.

No te puedes llevar nada contigo y todos somos iguales ante la muerte; ese tipo de cosas. Como te puedes imaginar, todo esto fue un impacto difícil de procesar para mi joven mente.

Mis pies se dirigieron por cuenta propia a llenar otra vez la pala, e intenté encontrar tierra más ligera y manejable. Esta repiqueteó sobre la caja de madera, haciendo que pareciera que mi padre estaba golpeándola desde dentro, como si todo aquello fuera una broma suya que no hacía reír a nadie. Todos los demás esperaban con ansias el banquete que seguía a las fatigas del entierro. Los judíos son insuperables en el duelo y en las fiestas.

Tras un viaje más, satisfecho con haber hecho mi parte como cabeza de familia, dejé la pala clavada en el montón de tierra. Aunque lo habitual en la Fe es convertirse en hombre a los trece años, yo parecía llevar la delantera.

Compréndeme. No fue nada fácil.

Lo que ninguno de los presentes podía anticipar era que las cosas se iban a poner mucho peor.

El dramático cielo vertió un patético intento de lluvia mientras inclinábamos las cabezas para rezar.

Jakob dejó tras su marcha la sensación de que los demás adultos se tomaban la vida demasiado en serio y como resultado se perdían las cosas que de verdad importaba. He seguido su manera de vivir desde entonces. Te aseguro que ahora cuando hay puré de patatas para comer, lo aprieto por entre los dientes, ante la expresión absolutamente horrorizada de los idiotas del piso de abajo, obviamente.

Jakob Gottlieb me abandonó demasiado pronto, aunque me hubiese dejado regalos para recordarlo en su ausencia. Su aroma, a sándalo y tabaco, permanecía en los lugares más inusitados. Cuando regresaba a casa de su trabajo como director de planta de la fábrica esparcía ese aroma por todos lados.

Tenía las manos siempre callosas, no como resultado de una

corta vida de trabajo duro, sino debido a la caída de una motocicleta mientras servía en la Gran Guerra. Sus palmas estaban recubiertas por un duro tejido cicatrizado; un mapa de piel áspera. Se negó a contarme los detalles sobre esas experiencias y yo era demasiado pequeño para recordar su regreso en 1918.

Junto con un bigote que parecían las cerdas de una escoba, en todos mis recuerdos lleva puesto el mismo traje de lana áspera. Le gustaba fumar y escuchar música. Si estoy solo y el viento sopla por entre los árboles de una manera particular, todavía me parece que puedo escuchar su voz. De lo contrario, soy consciente de que se ha ido para siempre.

Me quedé con mi madre, que me quería más que a nada en el mundo pero cuyo carácter era más severo. Anna Gottlieb enviudó antes de cumplir los treinta años. Las calamidades envejecen a una persona, si no mírame a mí. No le habría gustado un pelo que te contara cómo envejeció... Como ves con ella también uso el tiempo pasado. Mi madre era justa y fuerte. Después de que mi padre falleciera, trabajó en la misma fábrica que él. No les importaba el sexo del empleado si el apellido Gottlieb aparecía en la nómina. Su ética laboral tubo el mismo impacto fantástico y duradero en mí que el humor de mi *tato*.

El color favorito de mi madre era el rosa. Se vestía con varias capas, sin importar el tiempo que hiciera. Le gustaba leer y se tomaba la vida demasiado en serio.

Crecí rodeado de mujeres fuertes, entre las que la contaba a ella y a nuestra anciana vecina, la señora Hess, que tenía una habilidad pasmosa para enterarse de los cotilleos de todos los residentes del barrio judío. Era capaz de detectar infaliblemente cuándo sus dos hijos, algunos años mayores que yo, se traían algo entre manos.

La señora Hess estableció un vínculo con mi madre porque ambas habían envejecido prematuramente y compartían la

condición de viudez. Tenía los ojos circundados de arrugas de una mujer mucho mayor, las manos secas como el papel de lija y una ligera cojera a causa de un accidente sobre el que nunca me atreví a preguntar. Cuando mi madre trabajaba hasta tarde, me quedaba en casa de los Hess, pidiendo otro cuenco de estofado para llenar mis flacuchas piernas o aprendiendo todo lo posible sobre la vida adolescente de la mano de sus hijos.

La rigidez de las normas de conducta de la escuela siempre fue para mí como una piedra en el zapato. El papel de payaso de la clase no conllevó en ningún momento que me ganara algún tipo de popularidad en el aula. Me pasaba las lecciones entre bromas y chascarrillos, y a menudo recibía la caricia del bastón del profesor por causar alboroto, aunque dicho gesto nunca iba acompañado de la aprobación de mis compañeros de clase. «Merezco más reconocimiento», solía pensar cuando la dura vara de bambú hendía el aire en dirección a mis nudillos blancos.

La única persona que hizo algo más que poner los ojos en blanco al oír mis comentarios groseros fue Leib Zymermann, a quien mi madre consideraba un «buen chico» después de haberse quedado a mi lado cuando mi padre había muerto tan egoístamente.

Abandoné los estudios lo antes posible para ir a trabajar a la fábrica. Después de todo, lo que importan son los contactos.

Me gustaba el trabajo. El ruido estruendoso encajaba conmigo. Al principio me dedicaba a barrer el serrín del suelo, pero mis ocurrencias no tardaron en darse a conocer. El jefe de la fábrica me pilló cantando una serenata a los trabajadores usando la escoba como micrófono de pie improvisado y la radio puesta a un volumen atronador para que se oyera por encima del sonido metálico de las máquinas que te hacía traquetear hasta los huesos.

En vez de despedirme por perder el tiempo en horario labo-

ral, el jefe, el señor Sandstrom, reconoció que lo que necesitaba era tener más trabajo.

Para cuando cumplí los veinte años, sabía cómo funcionaban la mayoría de las máquinas de la fábrica. Merodeando por la planta con las pretensiones de un hombre joven que sabe cuál es su destino, deambulaba por aquí y por allá mientras los pistones se sacudían y los émbolos se zarandeaban, con un cigarrillo sostenido en mis finos labios y ataviado con un mono de trabajo abierto que dejaba al descubierto la camiseta blanca llena de mugre que llevaba debajo. La maquinaria producía una especie de música y yo movía el esqueleto siguiendo el ritmo.

Si algo hacía un ruido extraño o se atascaba uno de los clisés, era al joven Georg a quien llamaban antes de contratar a un hombre de mantenimiento ajeno a la empresa a un coste desorbitado.

El problema era que la vida fluía demasiado bien, así que las políticas internacionales hicieron su entrada en escena para hacer saltar por los aires cualquier posibilidad de tener un futuro.

Sabíamos de la existencia de ese estúpido austríaco que sostenía ser el líder de una raza superior, pero durante mucho tiempo no fue más que un recurso para contar chistes, antes de que llegara el miedo. Solo se nos acallaron las risas cuando los nazis invadieron nuestro país.

Las cosas como son: Hitler era un orador maravilloso. Fíjate cómo uso el pasado otra vez, aunque en esta ocasión no debería sorprenderte demasiado.

La mañana del 15 de marzo de 1939, nos aconsejaron que no opusiéramos resistencia a la inminente ocupación, mientras columnas de motocicletas que traqueteaban seguidas de soldados despertaron la ciudad. La Praga en la que yo había crecido y a la que había amado se había esfumado para siempre.

Nos habían llegado rumores sobre su actitud hacia los judíos. Durante un tiempo circularon unos vulgares cómics alemanes en los que nos representaban como si fuéramos parásitos. Los judíos éramos los primeros en reírnos de nosotros mismos, pero aquello era excesivo. Estaba claro que no creían que fuéramos el pueblo elegido.

En mi habitación situada en el ático del edificio, miré hacia la calle que se extendía debajo; las caras de las personas asomadas a la ventana de enfrente reflejaban mi mismo pavor.

Hitler pasó esa primera noche en el castillo de Praga, paseándose por todas las habitaciones acompañado de un diseñador de interiores. Insistió a toda costa en adoptar la esvástica, plagiada de los hindúes, los budistas y los jainistas que la usaban como símbolo de bienestar. Robar su diseño para despreciar el bienestar de los judíos fue un gesto muy al estilo de Adolf.

El barbero, el señor Eherlich, y un sinfín de lugareños más fueron acosados por los nazis hasta que abandonaron sus trabajos. Unos grafitis horribles aparecieron al lado de las ventanas rotas, en los que se sugería que los judíos se fueran a casa. No sabía decir si tenía que volver a la casa que había compartido con mi madre o a nuestro hogar espiritual en Israel. Las pintadas a menudo son tajantes, pero rara vez específicas.

La adición de la estrella de David a nuestra ropa fue un punto de inflexión. Aunque en Checoslovaquia los cristianos fueran mayoría, todo el país se enorgullecía de las cosas buenas que profesaba la religión: las conductas amables que enunciaban los diez mandamientos. La mayor parte se encuentra en la primera edición de la Biblia o, como la llamamos nosotros, la Torá.

De vez en cuando me sorprendía musitando las pocas palabras de hebreo que había retenido después de mi bar mitzvá al pasar junto a algún amenazante grupo de soldados na-

zis. Ellos, a su vez, me clavaban sus ojos turbios, sabedores no tanto de «quién» era, sino, según su parecer, de «qué» era.

Cuando intentabas quedar con tus amigos, a menudo descubrías que había gente que había desaparecido durante la noche, ya fuera por decisión propia o porque la Gestapo había llamado a su puerta. Muchos creyeron que las pintadas en las paredes no eran más que la antesala de lo que estaba por venir.

El mayor problema que tuve con verme obligado a llevar la estrella de David fue que el amarillo no quedaba bien con mis prendas. En Praga siempre me había sentido cómodo celebrando ser distinto a los demás, así que fue raro que de repente la gente empezara a cuestionar mi apariencia. Ocurrió de repente, como si hubiesen levantado un velo para mostrarnos como aquellas grotescas representaciones de sus cómics.

Por suerte, ese tipo de conflicto no tuvo cabida en la fábrica. Gracias a haber estado tanto tiempo trabajando allí, nadie me puso mala cara por ser *yid*.[1]

Rebekah arrugó la nariz.

–¿Qué pasa? –preguntó Georg.

–Esa palabra.

Georg se encogió de hombros.

–No me molesta. ¿Quieres un poco de tarta? ¿O una taza de té? ¿Un cigarrillo? Estoy siendo un pésimo anfitrión.

Rebekah se puso en pie, incapaz de permitir que un hombre que le cuadruplicaba la edad le sirviera algo.

–Yo me encargo.

Se encaminó a la cocina antes de que él tuviera tiempo de reaccionar. La música seguía sonando, pero la habitación estaba vacía, a excepción de la tarta de manzana.

[1] Término ofensivo para referirse a una persona judía en inglés. (*N. del T.*)

Encendió la tetera y cortó una buena porción para él.

–Me la trajo Verity –le informó Georg. Por lo visto era capaz de distinguir lo que estaba haciendo ella por el roce del cuchillo sobre el plato–. Muy amable por tu parte, pero no hacía falta.

–¿Tomas el té con azúcar? –le preguntó Rebekah desde la cocina, sintiendo que acababa de adquirir a un nuevo abuelo.

–No, gracias, Rebekah. Ya soy lo bastante dulce.

La carcajada que profirió era contagiosa.

–Creo que Rose ha salido a dar una vuelta –dijo Rebekah, casi para sí misma.

Había divisado una cabeza y unos tacones cuando la anciana se había ido renqueando. Georg estaba demasiado inmerso en su historia.

–No podría hablar sin tapujos del amor de mi vida con ella presente, de todos modos.

Capítulo 3

Si alguna vez ha habido una mujer que me haya hecho querer vivir solo por el placer de hacerlo, esa ha sido Rose Izelis. Me cuesta expresar lo mucho que significa para mí utilizando solo las palabras, pero a veces las palabras es todo cuanto tenemos.

Muchas cosas en mi vida han ocurrido por pura casualidad; circunstancias que le llevan a uno a preguntarse si hay alguien o algo que esté moviendo los hilos de todo. Pero ya sea por intervención divina o por una simple coincidencia, puedo afirmar vehementemente que Rose me dejó la mente en blanco la primera vez que la vi. Por algún motivo, ella no experimentó la misma sensación de asombro al verme a mí. Tienes que entender que el verano del amor de 1969, no fue nada en comparación a como me sentí yo cuando conocí a Rose el verano de 1939.

Leib y yo habíamos mantenido una relación estrecha, como parte del pequeño círculo de judíos jóvenes del barrio. Hacía poco que se había casado con su novia, Maja, y la pareja estaba esperando a su primer hijo. Todas estas trivialidades sucedieron antes de que se los llevaran a los campos en 1942. ¿Qué le vamos a hacer? Durante nuestro verano del amor, Hitler pasó a ser un problema primero y un chiste después.

Una noche, Leib y yo bajamos las escaleras que crujían hacia una de las bodegas subterráneas que abundaban no solo en Praga, sino en cualquier ciudad europea en la que las temperaturas invernales bajaran lo suficiente como para castrar-

te. Los aromas cálidos de los bares que solíamos frecuentar cuando teníamos veintipocos estarán siempre enraizados en mi mente. Su calor se irradiaba hacia las calles como en vaharadas dibujadas, junto con el sonido rasgado de un gramófono que tocaba música americana de *jazz* importada mediante gruesos discos de acetato. Todas las mesas estaban ocupadas por grupos de amigos cuyo barullo iba aumentando a medida que avanzaba la noche, y solo era cuestión de tiempo antes de que despejaran el suelo adoquinado y apartaran los barriles de vino tumbados que hacían las veces de mesa para que los clientes tuvieran espacio para bailar.

Como yo no era más que un simple operario en una fábrica, mi fondo de armario era escaso. Para las noches del viernes y del sábado tenía dos camisas, una de las cuales había pertenecido a mi padre, que rotaba entre los dos días. El conjunto lo remataban mis pantalones «buenos», desgastados ya en las rodillas, y un par de zapatos de cuero calado. Rezaba para que aquel refinado atuendo pareciera estudiado y que me confiriera un aire de adepto al *jazz* o de bohemio. Leib y yo siempre llevábamos corbata, con la esperanza de que añadiera algunos años más a nuestra edad.

Maja me había prometido traer a una amiga para mí, pero, cuando llegaron, la muchacha a duras penas me miraba. Cuando nos presentaron, extendió la mano como si fuera a golpearme en lugar de estrechar la mía. No me habría sorprendido lo más mínimo que al retirarla hubiese descubierto dos señales de la mordedura con la que me había inyectado su veneno. Sus expectativas en la vida iban más allá de salir con un operario, aspiraba a estar con alguien más loable, como un médico o un contable.

Sentados alrededor de la mesa, la lánguida luz de las velas proyectaba sombras extrañas que se recortaban contra todas las paredes. Mientras nosotros titilábamos, todas las demás mesas

permanecían envueltas en una combustión desatada. El silencio cayó sobre la sesión espiritista que estábamos organizando accidentalmente en un intento de invocar al espíritu de la diversión, mientras que la alegría del resto de los presentes impregnaba la sala. Una cacofonía preciosa y nebulosa. Los envidiaba a todos y habría dado lo que fuera por escapar de aquel destino.

Me excusé y fui a buscar otra botella de vino con la esperanza de que hiciera la velada un poco más agradable.

Te parecerá raro que la chica con la que me habían emparejado acabara siendo la persona de la que te he hablado con tanto cariño. Te lo contaré todo, ten paciencia.

La barra era un semicírculo en una esquina, donde la pequeña estancia que ocupaba el sótano permitía a un camarero bajito estar erguido tras ella o a uno alto verse en la obligación de encorvarse. Estar allí en vez de en nuestra mesa no me supuso ninguna dificultad. El lugar rebosaba de borrachos y las coronas tintineaban en las palmas cubiertas de sudor mientras sus propietarios pedían más de aquella bebida del demonio.

–Sería más rápido ir al valle del Ródano y machacar las uvas nosotros mismos –dijo la chica que tenía al lado por encima de la sonora música de Count Basie.

–Y que lo digas, yo...

La miré de reojo, a lo que le siguió el típico segundo vistazo, y me di cuenta de que era preciosa. Unos rizos oscuros enmarcaban la parte visible de su rostro mientras esperaba a mi lado, en el ángulo que queda entre la hora en punto y los cinco minutos. Tenía la comisura de los ojos marrones ligeramente caída y acentuada por unas gruesas pestañas. Sus labios, rojos y exhibiendo un visible mohín, hacían de acompañamiento a su nariz. Podían escribirse sonetos que versaran sobre su poder. Obras enteras. Era un abismo inexplorado en el que descubrir la gracia de su ingenio. El puente, elemento de enlace entre el verso y el coro de sus cejas y su prolabio.

Cuando Rose Izelis se volvió para mirarme, me quedé bloqueado, como Checoslovaquia.

–Perdona, ¿qué decías...? –me preguntó.

Su voz evocaba cigarrillos americanos importados, pinot noir y una onza de chocolate negro. Cortaba como hacían unas tijeras con un papel de regalo, haciéndolo trizas hasta desplegar una hilera de hombrecitos de papel estilizados con los brazos alzados en señal de rendición.

Intenté explicarme, pero no logré decir nada con sentido. Me erguí cuan alto era, sobrepasándola por los pelos con sus tacones rojos, y me quedé sin palabras. Llevaba puesto un precioso vestido de topos con escote cruzado. Es el mismo del de la foto de la pared. Un sofoco intenso me invadió tanto el cuello como la frente. Me aferré con más fuerza a la superficie de la barra. Aquellos hombros desnudos eran para mí un reto más desafiante que culminar la cima de los montes Tatra.

–La verdad es que no lo sé –contesté–. Tenía la esperanza de que se me ocurriera algo, pero por lo visto no. –Se extendió un silencio tan preñado como Maja–. Nada, que no me viene.

Dando por concluidos mis balbuceos carentes de sentido con el mayor encogimiento de hombros que pude conjurar, le lancé algunas coronas al camarero que esperaba y le musité lo que quería pedir antes de darme cuenta de que debería de haberle cedido el turno a ella. Había llegado a la barra después de mí y según los protocolos del bar, debían servirme a mí antes, pero se trataba de una situación especial. Estaba enamorado. Puse pies en polvorosa con una botella de tinto en la mano, tirando por la ventana de colores del sótano la oportunidad de hablar con la chica más hermosa de toda Praga.

A mi regreso me estaba esperando una reprimenda de Maja. Los ánimos no habían mejorado en la mesa, aunque me alegró saber que se había notado mi ausencia.

–¿Dónde estabas? –preguntó ella–. Has dejado a Agata sola.

Hice caso omiso al desasosiego de Maja mientras su amiga me taladraba con la mirada, incomodándome. Me parecía curioso que se llamara Agata, cuyo significado es «de buen corazón», porque nada tenía que ver con eso. Aunque en un inicio me había propuesto ponerle las cosas fáciles a Leib, las circunstancias habían cambiado.

–Tienes que ayudarme –le dije, agarrándolo del hombro.

–¿Qué diantres te pasa? –preguntó, molesto porque Maja estaba enfadada y porque los había abandonado a los dos con la agradable presencia de Agata.

–¡Hay una chica en la barra! –Se giró para divisarla. Tirándole de la corbata, lo refrené como se hace con las riendas a un animal–. No mires ahora, o me vas a poner las cosas más difíciles de lo que ya están. Es la criatura más bonita que he visto en toda mi vida, y eso incluye las esculturas del puente de Carlos.

–Georg, ya tienes una cita –se quejó y pasó los ojos a toda velocidad de Maja a Agata, ambas con los brazos cruzados en una clara muestra de desaprobación.

–Las citas van y vienen, Leib. Me he enamorado de ella.

En aquellos días le profesaba mi amor cada semana a una chica distinta. No hay nada que sugiera que no podría haber amado a cualquiera de aquellas mujeres, si me hubiesen dado la oportunidad. Era un romántico empedernido, y, a pesar de los años que han pasado, poco he cambiado en ese aspecto. Pero en ese momento sé que habría arrojado a cualquier otra chica al río Moldava por Rose.

Tras oír nuestra conversación, Maja acompañó a Agata al tocador que se hallaba en la parte trasera del sótano del bar cuando esta última estalló en un mar de lágrimas. Aproveché la oportunidad y no dejé de incordiar a Leib hasta que conseguí que se acercara a ella para preguntarle el nombre. Retorciéndome las manos al ritmo de la batería que marcaba el

tempo de la noche, observé su conversación muda con la misma paciencia que un toro a punto de embestir.

–Olvídalo –me dijo, tras apresurarse de vuelta a la mesa–. Es una Izelis. La hermana pequeña.

–¿Y? –repuse, satisfecho de que no fuera una *shiksa*, una gentil. Aunque con aquella luz en el rostro no cabía la posibilidad de que lo fuera.

–Las Izelis te traerán problemas.

–Puedo lidiar con los problemas –repliqué, con el tono más despreocupado que fui capaz de emplear.

Las hermanas Izelis eran conocidas por ser infamemente difíciles. Eso era lo único que necesitaba para sentirme atraído por una. Leib y yo habíamos compartido el aula en la escuela con Ruth Izelis, que era una niña muy vivaz. Rose era la pequeña de la familia, cuatro años menor que su hermana.

A pesar de haber puesto toda la carne en el asador, pasó algo de tiempo antes de que Rose me diera el visto bueno. Cuando digo algo de tiempo... En realidad fue más de un año frecuentando los mismos círculos. La veía en los acontecimientos sociales, siempre rodeada de un grupo de muchachos de pintas sospechosas, que solo podían estar detrás de ella por el mismo motivo que yo... Para quererla para siempre.

Rose tenía una manera de reaccionar que nunca dejaba preguntas pendientes al aire. Era más embriagadora que todos los bares en los que había estado con Leib.

Un tiempo después, me reveló por qué siempre se la podía encontrar rodeada por esos extraños chicos que llevaban boina y se enrollaban sus propios cigarrillos. Rose había estado llevando a cabo algunos trabajos ilegales en secreto para el partido comunista. Cuando lo supe, todas las piezas encajaron.

Y así es como me hice comunista, por el único motivo por el que cualquiera lo hace: para impresionar a alguien con quien deseas tener una relación amorosa.

Me leí el *Manifiesto* con voracidad, tratando desesperadamente de entenderlo. Era para mí un extraño mundo nuevo, con facciones ya formadas y juicios aparentemente emitidos basándose en ellas. Asistí a reuniones y prometí ayudar en la medida de lo posible. Incluso desarrollé predilección por el vodka y me dirigía a mis compañeros comunistas como «camaradas».

Procuraban que las facciones fueran pequeñas para minimizar el riesgo de que las detectaran. Las reuniones eran ilegales tras la entrada en vigor de las leyes de Núremberg, implementadas después de que los nazis conquistaran Checoslovaquia. Como resultado, nuestra célula comunista estaba formada por cuatro miembros y uno de ellos me había robado el corazón para siempre.

Organizábamos las reuniones siempre en el sótano de una de nuestras casas, como si por llamarnos a nosotros mismos «célula» estuviéramos destinados a juntarnos en espacios cerrados diminutos. En aquellos días la mayor parte del tiempo que pasaba con Rose era en algún sótano. Cuando no trabajábamos, ella salía a bailar con su amiga Marion mientras yo bebía con Leib y brindábamos por su recién nacida un fin de semana sí, otro no. Maja y Leib habían tenido una preciosa niña, Sophie, más o menos por aquella misma época.

En una de las reuniones se me presentó como por arte de magia la oportunidad de impresionar a Rose.

–¡Eso podría hacerlo yo! –grité, volviendo a centrarme en la conversación, de la que me había desconectado para admirar con nula sutileza a Rose Izelis.

–¿Estás seguro? –preguntó el camarada Mendel.

–¡Sí! –confirmé, reparando en el gesto afirmativo que me había ganado de Rose–. Solo necesito que lo revisemos otra vez.

Mendel puso los ojos en blanco, claramente molesto por mi intervención, que quizá había minado sus posibilidades de ganarse el corazón de la joven.

–Necesitamos que alguien consiga que se firmen estos documentos.

–Ningún problema –aseguré.

Las promesas de afecto eran mi lenguaje del amor.

–Son falsificaciones.

–No pasa nada.

–Y el notario no puede sospechar lo que nos traemos entre manos.

Habría vuelto a afirmar otra vez con pasión, pero tenía la boca más seca que el cruce del mar Rojo.

–Es un trabajo peligroso, camarada Georg. Estamos hablando de papeles de nacionalidad falsos para aquellos a los que persigue el Estado. Si te descubren...

–No pasa nada –dije finalmente con los labios resecos, repitiendo mi nuevo y extraño lema.

Como había escrito F. Scott Fitzgerald: «La amo y ese es el principio de todo».

Obligado a posicionarme en el frente para contribuir a la causa, me ayudaban en mi nueva misión las ventajas que ofrecía mi puesto de trabajo. En la fábrica se producían documentos de todo tipo, tanto originales como copias. Como los nacionalsocialistas habían tomado el control de Checoslovaquia, las autoridades errantes esperaban que los documentos oficiales les llegaran bajo demanda. El aprendiz de la fábrica, Fredy Hirsch, llevaba esos papeles a los tribunales para que los firmara el notario. Aunque sospechaba que esos formularios se aprobaban automáticamente, eso no tranquilizaba al muchacho, que cumplía con la labor lleno de pavor, sudoroso y frenético.

Cuando el joven Fredy supo que no tendría que ir él se alegro mucho. Me entregó la caja llena de papeles y al segundo desapareció para atender otro recado de su interminable lista de cosas pendientes.